

LOS SUCECOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas
al año. Idem en el extranjero, 8 fr.

Toda la correspondencia debe dirigirse
se al Apartado de Correos 347.

LA VIDA EN BROMA

La epidemia de tristeza.

Enterada la gente que veranea en provincias de lo tristes y mustios que, á decir de la Prensa, nos encontramos en Madrid, no han cesado de recibirse durante toda la semana cartas y tarjetas de pésame, haciendo votos porque la alegría vuelva á brillar en nuestros ojos.

"Os compadezco—me escribe un amigo mío—, os compadezco con toda mi alma, porque yo, que he estado en un pueblo tan soso como Madrid (¡imposible!), sé lo desesperante é hipocóndrico que es eso. Pero, en fin, mucha conformidad, y piensa, como dijo el otro, que peor están en Bombay."

¡Sí! ¡Y en Mataporquera!

También los hijos de un magistrado, que están empleados en Gracia y Justicia, han recibido de su padre una carta que termina diciendo:

"Supongo que sabréis haceros superiores á la desgracia, y que soportaréis con espíritu fuerte las arideces de esa vida madrileña tan aburrida é ingrata. Hacedos la cuenta de que estáis desterrados en un cortijo, y en último caso, entreteneos jugando al mus con la criada, ¡que ya vendrán tiempos mejores!"

Esto lo dice, porque está gestionando el ascenso.

Otro señor que tiene aquí á su familia, escribe en términos parecidos, y la manda un gramófono con doce discos, para que se distraiga.

Lo cierto es que todos los veraneantes y no veraneantes que dejan parientes ó amigos en la corte están alarmados desde que se corrió la voz de que reinaba aquí una epidemia de aburrimiento que quitaba la cabeza.

Y en realidad, aquí no pasa nada; estamos como estamos hace tiempo. Tan aburridos como el año pasado. Igual que hace dos veranos. Como hemos estado siempre en Madrid... donde en cerrando las Cortes, ya no hay nada en que divertirse.

El Ayuntamiento, por su parte, hace esfuerzos sobrehumanos, sin poder, para dotar á la capital de diversiones baratas... para los concejales. ¡Que hicieran lo mismo las demás entidades y Corporaciones, y verían ustedes qué divertidos estábamos todos!

La Jefatura de Policía también pone de su parte cuanto puede para distraernos... de nuestras ocupaciones habituales, y combate la tristeza de los agentes enviándolos á los teatros y dándoles facultades para que se metan en los escenarios, donde hay títeres y coro. ¡Más, no haría un padre por un hijo!...

Lo que ocurre aquí, es que ya no nos divierten todas las cosas, ni todas las personas como antes, seguramente porque estamos hartos de ellas; ni nos parecen buenos los Jardines del Buen Retiro, porque son lo mismo que los que vimos el siglo pasado, y el tiempo no pasa en balde. Y claro, en seguida nos entra el te-



ESTEVANILLO

dio, que es enfermedad creada por los conservadores, en colaboración con los ministros de Hacienda y el jefe de Policía.

Afortunadamente, éste no nos durará mucho, porque se van á organizar por la Prensa fiestas de todas clases, y vamos á gozar una barbaridad.

El programa acordado hasta la fecha se reduce á los siguientes números:

1.º Limitación de las facultades del



ESTEVANILLO

jefe de Policía (vuelo general de campanas, colgadas y regocijo público).

2.º Libertad para comer, beber y divertirse por la noche, hasta la salida del sol y la llegada de Maura, y

3.º Todo lo que venga después.

¡Lo malo es que lo que viene después es La Cierva!

F. ROIG BATALLER

DESDE LA PLAYA

Cangrejos de mar.

¡Ya estoy en la playa gozando del fresco!... Ya estoy en la orilla del undoso mar...

¡Ya estoy en mis glorias, sin ropa ni engorros, ni cuello planchado que me haga sudar!...

Ya estoy en mi centro, tranquilo y dichoso, gozando la calma que nos brinda el mar.

Ya llevo tres días metido en el agua... ¡Con agua hasta el cuello porque he de pagar!

El viento que aspiro me presta energías, renueva mis fuerzas, me infunde vigor. Es viento sin polvo, ni olores malsanos, ni otras porquerías que ahí son de rigor.

Admiro del cielo la azul transparencia, del mar agitado su eterno bramir; de las susurrantes olas que lo rizan, ¡ese sempiterno y extraño anhelar!...

La calma dichosa de la costa alegre me llena de suave placer interior...

Le soy á usted franco, me atraen las "costas" ¡sin ser escribano ni procurador!

A mis pies se estrellan las olas de plata que surcan rugientes el verde cristal.

¡Qué chico se siente cualquiera en la playa!...

¡No sé si á Barroso le ocurrirá igual!...

Ante la grandeza de este panorama, siente aquí el bañista vergüenza y rubor, por considerarse pequeño á su lado y porque va siempre con ropa interior...

Aquí todo es grande, solemne, magnífico; de fuerza imponente, suprema y sin par. Aquí Canalejas, lo mismo que Maura, son granos de arena... ¡Cangrejos de mar!...

PIO GRACO.

¿Cómo combatiremos el calor?



Ducha popular en una presa del río Sena cerca de París.

¡Pobre calor! ¡Cómo le ponen!
¡Qué cosas le dicen! ¡Qué cosas le
achacan!

El calor es la causa de las infecciones; el respirar el polvo lleno de microbios produce la tisis; el calor activa la descomposición de las carnes, hace fermentar la leche, causa desórdenes digestivos y envenenamientos; el calor hace que se reproduzcan las moscas y los mosquitos; produce la insolación; las heridas tardan más en cicatrizar en verano que en invierno; la peste, el cólera, la lepra, infinidad de cosas malas le achacan al calor.

Algunas horribles se le podían achacar al frío; pero no hace falta enumerarlas; sólo si diremos que en la fría Islandia hay muchos más leprosos que en la cálida Arabia. La cuestión es cómo defenderse del calor.

El hombre está en mejores condiciones que cualquier animal para defenderse del calor. Todo estriba en poder sudar, poder reemplazar el aire viciado por la respiración; poder alimentarse de tanta agua como el funcionamiento de la piel consume, y poder abrigarse de los rayos del sol.

La Naturaleza se encarga ella misma de proteger nuestro cuerpo por la evaporación del sudor. En cuanto falta la transpiración, la temperatura interna aumenta hasta llegar a un grado imposible de soportar, y viene la muerte.

El sudor cesa cuando los poros de la piel se obstruyen por el polvo u otras materias; por consiguiente, una de las primeras medidas higiénicas contra el calor y la sofocación, es el baño.

Si el calor es húmedo, el aire está tan cargado de vapor acuoso, que el sudor no se evapora. Este es uno de los calores más difíciles de evitar.

El vestido hace las veces de coraza contra el calor. El color, la forma y hasta la materia de que se forman influye mucho en las propiedades del vestido. Los orientales, aunque usan trajes gruesos de lana y algodón, los usan muy amplios y siempre de colores muy claros, pues saben por experiencia que el blanco no absorbe el

calor. Conviene escoger una tela que absorba las secreciones de la piel y aumente la superficie de evaporación; para los calores húmedos, la franela y el algodón, que dejan pasar difícilmente la humedad, y procuran a la piel un aire relativamente seco y, por consiguiente, favorable a la transpiración; pero es necesario que esas ropas no vayan adheridas al cuerpo, porque para que la piel sude, es necesario que el aire de bañe y el aire se renueve.

Los vestidos ajustados poco permeables, encierran las secreciones del cuerpo, que en contacto con la piel se corrompen. Es, pues, necesario que los trajes sean amplios, para que queden en circulación y tengan libre escape las secreciones cutáneas.

Se ha notado en las marchas de los ejércitos que los números que marchan en el centro de las filas son los que más sufren del calor, y es que éstos respiran y absorben el aliento y las emanaciones de los otros, que flotan a su alrededor, resultando que respiran un aire que ya ha sido aspirado y expirado por sus compañeros. De ahí la necesidad de abrir las filas en las marchas.

Las personas que sufren del calor deben procurarse siempre mucha ventilación.

El abanico, los ventiladores, los muchachos que mueven los pankais en los vapores, los porta-abanicos que en los países orientales agitan los discos de plumas no dan fresco; no hacen sino remover el aire, procurar ventilación, aire nuevo.

Otro detalle contra el calor, y que



Piscinas á bordo de los grandes trasatlánticos que hacen la travesía por los mares tropicales.



Policía inglés repartiendo refrescos al público durante un partido de foot-ball.

no es necesario indicar, pues la Naturaleza se encarga de exigirlo, es beber en abundancia. Nuestro cuerpo es una caldera, y así como éstas se descomponen y estallan si no están bien alimentadas de agua, nuestro organismo se desarregla y perece si no le damos líquido en abundancia en tiempo de calor.

Para las insolaciones hay que proteger la cabeza contra los ardientes rayos estivales.

Los que mueren de insolación son unos verdaderos suicidas.

Se han dado casos de personas que han hecho alarde de andar sobre la arena en pleno sol, en los países tropicales, que han caído muertas á los pocos pasos, como heridas por un rayo. El sombrero debe ser ligero y permitir la circulación; los jipis, los sombreros de paja, los cascos, son lo más recomendable.

El mismo calor no lo sienten todos

con igual intensidad. El alcoholismo, el temperamento, la mayor ó menor voluntad influye grandemente. El calor, después de un fuerte trabajo, de una caminata, de un esfuerzo cualesquiera, lo siente con mayor fuerza el alcohólico. Es costumbre en los países tropicales abusar de las bebidas alcohólicas, y el que tal hace, sobre todo si es europeo, está en camino de perder la razón y la vida. Es la manera segura de ser víctima del clima.

El calor hace estragos en los trópicos, y el aguardiente ha hecho desaparecer razas enteras en Oceanía y en Africa, por el licor importado por los colonizadores europeos.

Una higiene bien entendida, mucho baño, mucha limpieza, bebidas refrescantes, aire, además de dar mucha salud y energías, harán mucho más soportables las fuertes rachas de calor que sentimos en verano.

Lástima grande que en España, en la mayor parte de las poblaciones, la cuestión del baño sea un verdadero problema. La inmensa mayoría de las casas no tienen cuarto de baño; en otras, no hay agua; en la mayoría de los casos no hay medio de hacerlo.

Por eso hay que convenir que el español que lleva el cuerpo limpio es el más limpio de los seres, es casi un héroe de la limpieza, porque, como ningún otro, tiene que vencer cien mil dificultades.

LATHAM

El mundo deportivo está de duelo con la triste noticia de la muerte del aviador Hubert Latham, rico "sportman", y uno de los pilotos más populares.

Gran cazador, había ido á Africa á



Latham, famoso aviador, que cazando en el Africa ha sido muerto tragicamente por un búfalo.

cazar rinocerontes, búfalos y elefantes, y hallándose en la confluencia de los ríos Dahr, Jalamet y Chari, fué atacado por un búfalo, el cual destruyó á cornadas al infortunado cazador.

Era uno de los campeones del aeroplano, y había hecho verdaderos progresos en aviación.

Pero el duelo profundo, la intensa pena es la de su anciana madre, que horrorizada de ver á su hijo único en el peligroso deporte de la aviación, constantemente le había rogado se retirase á vivir tranquilamente en sus magníficas posesiones.

Cuando ahora, más tranquila, creyendo que la caza era menos peligrosa, recibe la triste noticia de que una fiera ha acabado con el único ser que le quedaba en el mundo, poco antes de llegar el mes de Agosto, en el que Latham se retiraba de todo sport peligroso y pensaba regresar al lado de su madre.



La hora del baño en las playas elegantes.

¿Cómo combatiremos el calor?



Ducha popular en una presa del río Sena cerca de París.

¡Pobre calor! ¡Cómo le ponen!
¡Qué cosas le dicen! ¡Qué cosas le
achacan!

El calor es la causa de las infecciones; el respirar el polvo lleno de microbios produce la tisis; el calor activa la descomposición de las carnes, hace fermentar la leche, causa desórdenes digestivos y envenenamientos; el calor hace que se reproduzcan las moscas y los mosquitos; produce la insolación; las heridas tardan más en cicatrizar en verano que en invierno; la peste, el cólera, la lepra, infinidad de cosas malas le achacan al calor.

Algunas horribles se le podían achacar al frío; pero no hace falta enumerarlas; sólo si diremos que en la fría Islandia hay muchos más leprosos que en la cálida Arabia. La cuestión es cómo defenderse del calor.

El hombre está en mejores condiciones que cualquier animal para defenderse del calor. Todo estriba en poder sudar, poder reemplazar el aire viciado por la respiración; poder alimentarse de tanta agua como el funcionamiento de la piel consume, y poder abrigarse de los rayos del sol.

La Naturaleza se encarga ella misma de proteger nuestro cuerpo por la evaporación del sudor. En cuanto falta la transpiración, la temperatura interna aumenta hasta llegar a un grado imposible de soportar, y viene la muerte.

El sudor cesa cuando los poros de la piel se obstruyen por el polvo u otras materias; por consiguiente, una de las primeras medidas higiénicas contra el calor y la sofocación, es el baño.

Si el calor es húmedo, el aire está tan cargado de vapor acuoso, que el sudor no se evapora. Este es uno de los calores más difíciles de evitar.

El vestido hace las veces de coraza contra el calor. El color, la forma y hasta la materia de que se forman influye mucho en las propiedades del vestido. Los orientales, aunque usan trajes gruesos de lana y algodón, los usan muy amplios y siempre de colores muy claros, pues saben por experiencia que el blanco no absorbe el

calor. Conviene escoger una tela que absorba las secreciones de la piel y aumente la superficie de evaporación; para los calores húmedos, la franela y el algodón, que dejan pasar difícilmente la humedad, y procuran a la piel un aire relativamente seco y, por consiguiente, favorable a la transpiración; pero es necesario que esas ropas no vayan adheridas al cuerpo, porque para que la piel sude, es necesario que el aire le bañe y el aire se renueve.

Los vestidos ajustados poco permeables, encierran las secreciones del cuerpo, que en contacto con la piel se corrompen. Es, pues, necesario que los trajes sean amplios, para que queden en circulación y tengan libre escape las secreciones cutáneas.

Se ha notado en las marchas de los ejércitos que los números que marchan en el centro de las filas son los que más sufren del calor, y es que éstos respiran y absorben el aliento y las emanaciones de los otros, que flotan a su alrededor, resultando que respiran un aire que ya ha sido aspirado y expirado por sus compañeros. De ahí la necesidad de abrir las filas en las marchas.

Las personas que sufren del calor deben procurarse siempre mucha ventilación.

El abanico, los ventiladores, los muchachos que mueven los pankais en los vapores, los porta-abanicos que en los países orientales agitan los discos de plumas no dan fresco; no hacen sino remover el aire, procurar ventilación, aire nuevo.

Otro detalle contra el calor, y que



Piscinas á bordo de los grandes trasatlánticos que hacen la travesía por los mares tropicales.

Ayuntamiento de Madrid



Policía inglés repartiendo refrescos al público durante un partido de foot-ball.

no es necesario indicar, pues la Naturaleza se encarga de exigirlo, es beber en abundancia. Nuestro cuerpo es una caldera, y así como éstas se descomponen y estallan si no están bien alimentadas de agua, nuestro organismo se desarregla y perece si no le damos líquido en abundancia en tiempo de calor.

Para las insolaciones hay que proteger la cabeza contra los ardientes rayos estivales.

Los que mueren de insolación son unos verdaderos suicidas.

Se han dado casos de personas que han hecho alarde de andar sobre la arena en pleno sol, en los países tropicales, que han caído muertas á los pocos pasos, como heridas por un rayo. El sombrero debe ser ligero y permitir la circulación; los jipis, los sombreros de paja, los cascos, son lo más recomendable.

El mismo calor no lo sienten todos

con igual intensidad. El alcoholismo, el temperamento, la mayor ó menor voluntad influye grandemente. El calor, después de un fuerte trabajo, de una caminata, de un esfuerzo cualesquiera, lo siente con mayor fuerza el alcohólico. Es costumbre en los países tropicales abusar de las bebidas alcohólicas, y el que tal hace, sobre todo si es europeo, está en camino de perder la razón y la vida. Es la manera segura de ser víctima del clima.

El calor hace estragos en los trópicos, y el aguardiente ha hecho desaparecer razas enteras en Oceanía y en Africa, por el licor importado por los colonizadores europeos.

Una higiene bien entendida, mucho baño, mucha limpieza, bebidas refrescantes, aire, además de dar mucha salud y energías, harán mucho más soportables las fuertes rachas de calor que sentimos en verano.

Lástima grande que en España, en la mayor parte de las poblaciones, la cuestión del baño sea un verdadero problema. La inmensa mayoría de las casas no tienen cuarto de baño; en otras, no hay agua; en la mayoría de los casos no hay medio de hacerlo.

Por eso hay que convenir que el español que lleva el cuerpo limpio es el más limpio de los seres, es casi un héroe de la limpieza, porque, como ningún otro, tiene que vencer cien mil dificultades.

LATHAM

El mundo deportivo está de duelo con la triste noticia de la muerte del aviador Hubert Latham, rico "sportman", y uno de los pilotos más populares.

Gran cazador, había ido á Africa á



Latham, famoso aviador, que cazando en el Africa ha sido muerto tragicamente por un búfalo.

cazar rinocerontes, búfalos y elefantes, y hallándose en la confluencia de los ríos Dahr, Jalamet y Chari, fué atacado por un búfalo, el cual destruyó á cornadas al infortunado cazador.

Era uno de los campeones del aeroplano, y había hecho verdaderos progresos en aviación.

Pero el duelo profundo, la intensa pena es la de su anciana madre, que horrorizada de ver á su hijo único en el peligroso deporte de la aviación, constantemente le había rogado se retirase á vivir tranquilamente en sus magníficas posesiones.

Cuando ahora, más tranquila, creyendo que la caza era menos peligrosa, recibe la triste noticia de que una fiera ha acabado con el único ser que le quedaba en el mundo, poco antes de llegar el mes de Agosto, en el que Latham se retiraba de todo sport peligroso y pensaba regresar al lado de su madre.



La hora del baño en las playas elegantes.

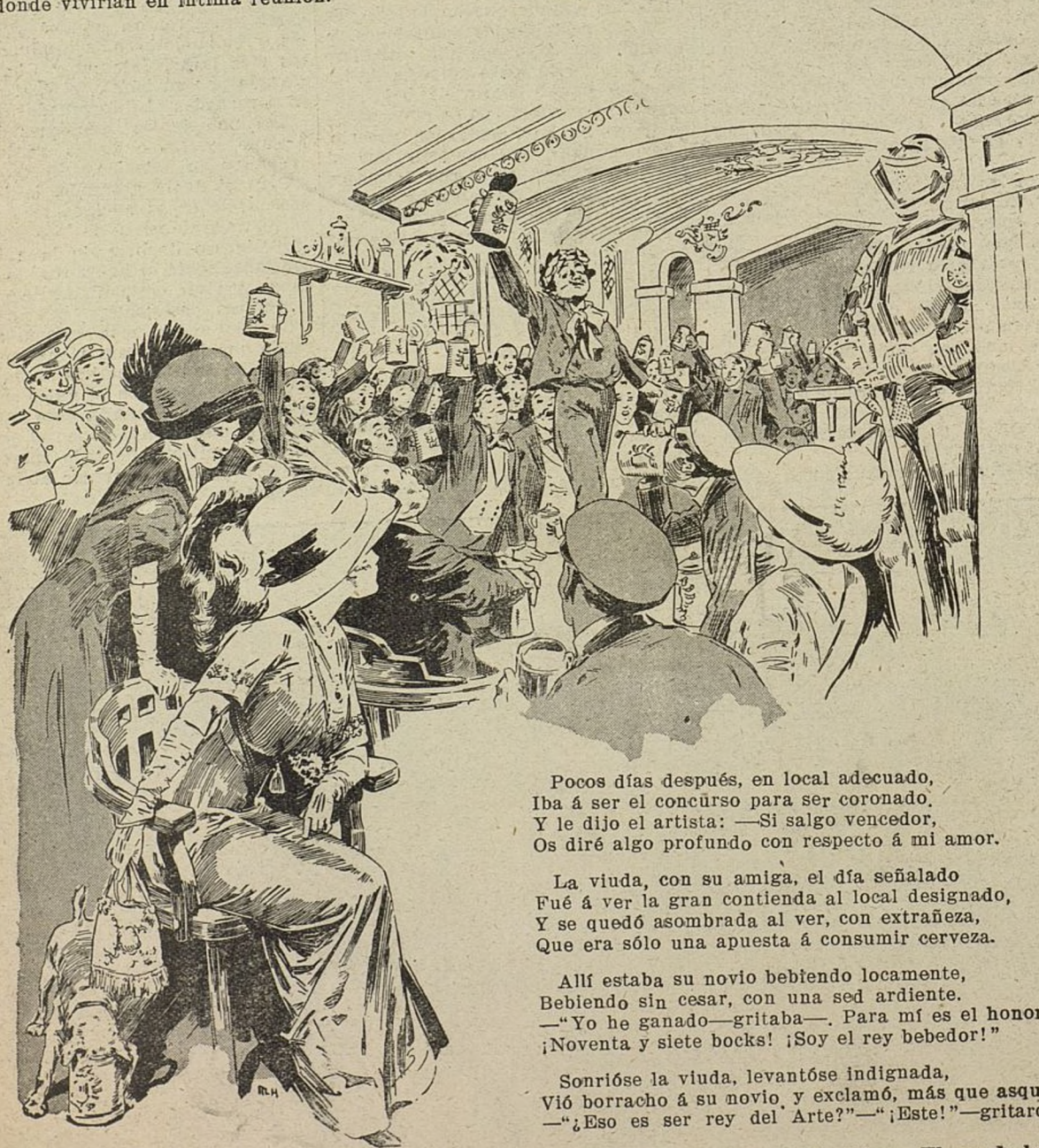
En busca de marido.

—“Ven á verme á Munich, querida amiga mía,”
Le escribía á la viuda una muchacha un día.
—“Voy al momento—escribe; espera en la estación.
Y á Baviera se fué sin más explicación.

Se abrazan cariñosas, y su amiga Juanita
Pintora ya de nombre, muchacha muy bonita,
La condujo á un estudio bohemio, coquetón,
En donde vivirían en íntima reunión.



Era mozo galante, de charla zalamera
Y á la viuda gustó; le encontró de primera.
—En el arte algún día llegaréis á reinar.
—Ya—dijo—rey del Arte me van á coronar.



Pocos días después, en local adecuado,
Iba á ser el concurso para ser coronado.
Y le dijo el artista: —Si salgo vencedor,
Os diré algo profundo con respecto á mi amor.

La viuda, con su amiga, el día señalado
Fué á ver la gran contienda al local designado,
Y se quedó asombrada al ver, con extrañeza,
Que era sólo una apuesta á consumir cerveza.

Allí estaba su novio bebiendo locamente,
Bebiendo sin cesar, con una sed ardiente.
—“Yo he ganado—gritaba—. Para mí es el honor.
¡Noventa y siete bocks! ¡Soy el rey bebedor!”

Sonrióse la viuda, levantóse indignada,
Vió borracho á su novio, y exclamó, más que asqueada:
—“¿Eso es ser rey del Arte?”—“¡Este!”—gritaron to-

[dos.
—“Eso es ser rey del vicio”—dijo—. El rey de los beo-
[dos.

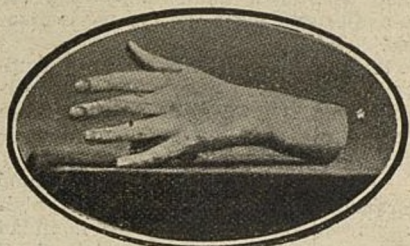
También, por distraerse, la viudita pintaba,
Visitaba Museos, obras de arte copiaba,
Y en idas y venidas, un día conoció
A un artista, buen mozo, que de ella se prendió.

Ayuntamiento de Madrid

FERS.

COSAS RARAS Y NUEVAS

Todos esos cachivaches baratos de nácar, hueso, cristal; todas esas jo-



UN RECUERDITO

yas baratas que suelen llevar estampada ó grabada la palabra "Recuerdo" cuando no "Souvenir",

van á tener poca salida.

Ahora el recuerdo bien hecho, el recuerdo verdad, el más elegante, el más de moda es enviar á la persona á quien se quiere dar el recuerdo, la mano del interesado, modelada en yeso.

El regalito, mucho más apreciado que la mejor fotografía, viene á costar unos 18 duros.

Los más extravagantes pueden hacerse bustos ó recuerdos de cuerpo entero.

¿Saben ustedes lo que se le ha ocurrido coleccionar á un avicultor de Winchester?

Pues colas de gato.

Hay que advertir, para que esto no llame la atención, que Winchester está en los Estados Unidos.

Cría faisanes, perdices, patos y aves de corral y durante algún tiempo, los gatos hacían verdaderos destrozos entre las aves.

Probó varias trampas y cepos, sin resultado, hasta que, hace cosa de un año, se le ocurrió proteger el corral con una alambrada, que ponía en comunicación con una batería.

El felino, al tocar la alambrada, queda muerto por el choque, y el coleccionista se levanta por la mañana, manda hacer un guisote con el gato y le corta la cola, que colecciona con cuidado.

En la actualidad lleva guardadas 255 de esas preciosidades.

La última moda.—Hay que ver lo que inventan las mujeres.

Los ratones han sido siempre y en todos países el espanto de las damas. Verlos y subirse en sillas, mesas y canapés, protegiéndose las piernas, todo es uno. Pues bien, ahora la gran moda, lo más elegante, lo último, es llevar medias de seda con ratones bordados en tamaño natural. El par de esa preciosidad de medias, cuesta 24 chelines, es decir, algo más de seis duros.

¿Recuerdan nuestros lectores que

EL CASTILLO DE BLARNEY

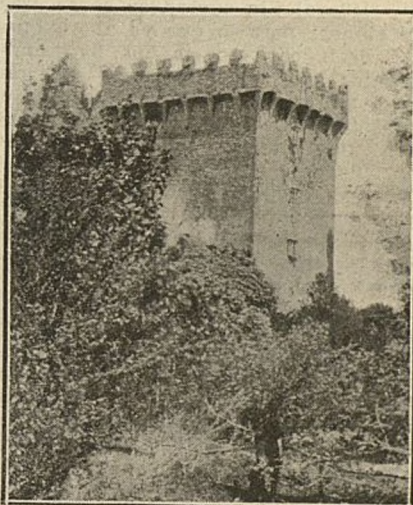
sus piedras?

Pues ahí está el castillo de Blarney, que hace poco tiempo ha sido visitado por Mr. Churchill, quien ha besado la piedra en la forma tradicional.

Es creencia muy aferrada en Irlanda que los hijos de la verde Erin son dicharacheros, graciosos, de fácil palabra y zalameros, porque besan la piedra del castillo de Blarney.

La leyenda data del tiempo de Isabel de Inglaterra.

Se hallaba lord Blarney sitiado en



su castillo por las tropas reales, y el jefe irlandés se dió tal maña en embaucar con su zalamería al jefe del Ejército sitiador, que la palabra "blarney" (zalamería) se hizo popular y pasó á ser corriente en el lenguaje inglés.

El poeta Samuel Lover dice, hablando de la famosa piedra (que nada tiene que ver con la que Demós. tenes se metía en la boca para perorar ante el mar) que su influencia es como el imán, que el que la besa tiene el poder de atraer á la gente. Si la besas—añade— desde aquel bendito día, podrás besar á quien quieras con tu gran zalamería. Y me ha salido en verso á mí también, sin querer.

Para limpiar los marcos dorados, es excelente el agua donde se hayan cocido cebollas.

Usese en frío.

La primer mujer que va á desempeñar el cargo de operadora de la telegrafía sin hilos, es Miss Maggie Kelso, que ha ingresado como telegrafista en el vapor "Mariposa", de la Compañía de vapores de Alaska.

La joven telegrafista adquirió su diploma en Washington, y le fué conferido por el Ministerio de Marina.

En su trabajo tendrá que llevar uniforme como el resto de la oficialidad, pero en lugar del pantalón se le permitirá el uso de la falda azul.

La Policía de Londres, que de noche hace el servicio de serenitas, lleva, como éstos, una linterna sorda en el cinturón.

Esta ha sido suprimida y, en su lugar, llevarán una lámpara eléctrica, la cual, al tocar un botón, producirá una fuerte luz, como de reflectores.

Las patatas asadas son las más alimenticias, y las fritas las más difíciles de digerir.

En Anglesea, islas Británicas, hay cuarenta y dos parroquias y ni una sola taberna.

Se emborracharán en casa.

Es el Fuku Mushi, ó Campana Feliz del Japón, como en su país la llaman, un insecto,

INSECTO

CANORO

especie de cucaracha, que tiene un poder de garganta tan asombroso que se

guarda en jaulas con mayor cuidado que al canario de mejor voz. Desde el Mikado, los príncipes de la Imperial familia y los grandes magnates hasta la última persona que se tiene por elegante en el país del Sol Naciente tiene su jaulita con el correspondiente Fuku Mushi.

El canoro insecto se alimenta de tomates, pepinos y lechuga y no bebe agua. Después de varios cruces y cuidadosos se ha logrado hacerle cantar de una manera maravillosa.

Estos insectos se guardan en pre-



ciosas jaulas llenas de lazos de la más exquisita coquetería.

EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"

y más segura cárcel del Reino Unido. Las llaves de todas las cárceles de Europa no le guardarían tanto como lo está usted ahora en esta casa. Me parece que eso ya estaba entendido.

—Pues yo no lo entendí así—replicó el médico—. Me figuré, desde luego, que algo misterioso había en todo esto; pero nunca llegué á pensar que la cosa fuera tan grave.

—Que usted se lo figure ó no—dijo el príncipe—no importa nada. Su opinión aquí no tiene peso. No hay más remedio que aguantar y aceptar los hechos consumados.

El doctor se sentó y examinó en silencio al japonés.

Sintió horror y hasta miedo. No le cabía duda; estaba en presencia de un criminal.

—Mucho deploro, querido doctor—dijo el príncipe—, que se haya usted proporcionado este mal rato. Yo creí que era cosa entendida entre los dos. De todas maneras—continuó diciendo y poniéndose de pie—dispense usted que le deje; tengo que escribir algunas cartas; pero antes le preguntaré una cosa. ¿Quiere usted darme su palabra de honor de que no ha de intentar salir de aquí?

El doctor sacudió la cabeza y replicó:

—No; no doy esa palabra.

El príncipe, sin decir una palabra, se fué.

Aquella noche, ya muy tarde, el doctor, que estaba nervioso y no podía dormir, se levantó, se vistió y empezó á dar vueltas por el cuarto. Se acercó á la puerta y vió que no estaba echada la llave. La abrió y se echó á andar por el comedor oscuro.

De repente, sintió que le agarraban por detrás, y dos manos, duras como el acero, le apretaban el pescuezo.

Aquella persona le empujó, le llevó hasta la puerta del cuarto, y al soltarlo, le dijo en voz baja:

—A su cuarto, y cuidado con intentar salir.

Al encontrarse de nuevo en su cuarto, encendió la luz eléctrica; unas manchas rojizas en el cuello, indicaban la presión de unos dedos. Volvió á asomarse á la puerta, encendió una cerilla; pero no vió á nadie. Sin embargo, comprendió que estaba vigilado.

Por la primera vez pensó entonces si los seis mil duros era mucho ó poco.

CAPITULO XXVI

En el castillo de Devenham.

Una de las habitaciones más cómodas del castillo de Devenham, y hay que afirmar que todas eran admirables, era el salón de billar.

Tres hombres se hallaban sentados en amplio diván.

Eran los tres hombres que más influencia tenían en la política del país. Hablaban con animación.

El presidente del Consejo, uno de ellos, decía:

—Nos estamos volviendo demasiado civilizados, sí, señores; somos supercivilizados, archicivilizados. Hay otras razas de más corazón, de más fibra.

—Usted hace referencia á alguien—dijo Sir Edward Bransome.

—¡Claro! Sin querer, se hacen esas alusiones; pero lo que yo ahora quería decir con eso, es que hace quinientos años ya hubiéramos encerrado á ese joven en una mazmorra, sin consideraciones de ningún género, y con una colección de instrumentos apropiados, que ya sólo quedan en los Museos, le hubiéramos hecho hablar y decir la verdad.

—¿Y si la verdad que decía no era satisfactoria? Entonces, ¿qué?—preguntó el duque.

—Le hubiéramos hecho cantar, sí, señor, y hasta cambiar de manera de pensar, aunque hubiese sido en detrimento de su físico. La edad del potro, de la cuerda y de las cuñas, hay que confesar que era una edad viril. Piensen ustedes un poco en la situación en que nos encontramos. Tres de los prohombres de Inglaterra, sin poder hacer otra cosa sino esperar á que á ese joven se le ocurra hablar. Somos unos muñecos, y él juega con nosotros. De él depende que muchos nombres sean famosos y se esculpan en bronce, ó de que tengamos que dimitir, y al hablar la Historia de nosotros, sólo nos dedique unas frases de desprecio.

—¡Vaya, vaya!—exclamó el duque—Usted exagera el mérito de Maivo y, además de todo, Hesho, el embajador, está de nuestra parte, y creo que su opinión tendrá algo más valor en Tokio que lo que piense un joven desconocido en la diplomacia, y que toda su fama estriba en que es primo del Emperador.

El presidente suspiró.

—Mi querido duque—dijo—, ninguno de nosotros, ni yo mismo siquiera, hemos hecho jamás justicia al príncipe. Desde el día en que me trajo la carta del Emperador, he de confesar ingenuamente que, en estos diez y ocho meses, no ha abandonado ni un solo momento su misión, y ni ha de-

jado conocer á nadie, absolutamente á nadie, una pizca de sus pensamientos.

Puedo asegurar, sin temor á equivocarme, que no existe una sola persona en Inglaterra, por mucho que le haya tratado, que sepa la verdad de sus impresiones.

—Tiene razón Haviland—exclamó Bransome—. Muchas veces, al oírle hablar de sus viajes, con esa facilidad amena que tiene, me preguntaba á mí mismo qué era lo que de todo lo que decía pensaba. Sus viajes no los ha hecho por placer. No ha sido un turista, ha sido un observador. Ha viajado para estudiar las naciones y ver cuál era la que mejor resultado daría como aliada del Japón, y conste que de eso jamás hemos hablado; pero ya saben ustedes que es así.

—¿Y cree usted—preguntó el duque—que lograremos que nos diga la verdad antes de que se vaya?

El presidente, haciendo grandes gestos de duda, replicó:

—No tienen ustedes más que echar una mirada. Ahí le tienen ustedes, dando lecciones de billar á Lady Saunderson. Está con ella; la ha escogido por compañera, por ser la más vieja y la más fea de la reunión. Como nadie hace caso de ella, él la atiende. Todas las muchachas estaban alrededor de él, como si fuera una cosa sagrada, y él, con amabilidad, sin dañar su amor propio, las ha dejado para acercarse á la vieja y hacerla pasar un rato agradable; pero sabe Dios en lo que estará pensando. Cualquiera que le viera, diría que era un joven respetuoso, de buen corazón, sencillote. No niego lo primero; pero lo que es sencillote... Cualquiera le saca una palabra que no le convenga decir. Ya verán ustedes. La ocasión se presenta. ¿Han leído ustedes su discurso de anoche en el Club Herrick?

—Sí, por cierto—dijo el duque.

—Y yo también—exclamó el otro—; por cierto que me pareció que habló más libremente que otras veces.

—Sí, por cierto; nunca le he oído hablar tan fuerte en contra de las instituciones de nuestro país—observó el presidente—. Le hablaré de ello en cuanto pueda: ya verán ustedes cómo trata de salirse por la tangente.

—Pues si quiere usted aprovechar la ocasión, ande usted ligero—le dijo el duque—. Vea usted, ya ha terminado el billar, y Penélope se lo lleva.

El ministro se puso de pie, y salió al encuentro de la pareja, y, dirigiéndose á la joven, le dijo:

—Señorita, la libertad del príncipe por un momento; deseamos hablar con él.

—Eso parece querer decir—replicó Miss Morse riendo—, que lo tengo sujeto, como si fuera mi esclavo.

—Todos somos esclavos de usted,

Penélope—exclamó Bransome, haciendo una profunda reverencia—; esclavos de usted, todos, y todos enemigos de Somerfield.

Este, al oír su nombre, se acercó al grupo, y lo mismo hizo la duquesa. El presidente y Bransome cogieron al príncipe por el brazo y volvieron al diván, donde los encontramos sentados al principiarse el capítulo.

—Príncipe—dijo el ministro—, hemos estado hablando largo rato sobre el discurso de usted, anoche, en el Club Herrick.

El príncipe se sonrió, y preguntó su vez:

—¿Qué? ¿he dicho demasiado? Me cogieron por sorpresa tanto el brindis como los otros discursos. Vi que era aludido, que tenía que decir algo, y hubiera sido una grosería no hablar. Pero como yo no estoy acostumbrado á esos trotes, no sabía lo que decir ni lo que callar.

—Hemos leído lo que dijo—replicó Bransome—, y nos gustaría saber lo que calló.

—Lo que dije, no tenía importancia alguna; pero, francamente, me encontraba en una posición difícil. Me encontré de repente que hablaban del Japón, de nuestro Ejército, de Rusia, que nos ponían por las nubes. A mí, en especial, me abochornaron. Yo era un César, un Aníbal, ¡qué se yo!, y no tuve más remedio que hablar y hablar la verdad.

Penélope y la duquesa se acercaron al grupo.

—¿Molestamos?—preguntó Penélope—. Porque tengo que decir á usted, príncipe, que he leído todo su discurso y me choca que le llevara usted tanto la contraria al general Ennison.

—Mi querida amiga, lo que yo refuté fué el exagerado elogio que hizo del Ejército japonés. Nosotros no tenemos un gran Ejército; pero tenemos un pueblo que tiene corazón é idea de la Patria, idea que, si no olvidada, por lo menos, se va enfriando en los países de Occidente. El sentimiento de la Patria nace en el Japón con el niño, y es la idea más grande que cabe en nuestro pecho, el sentimiento más dulce que nos inunda. Esa idea, ese sentimiento, hace que nosotros vengamos al servicio con la misma naturalidad que los occidentales van á paseo. Ustedes creen que son patriotas, y yo no he visto tal patriotismo.

Patriotismo es esa sensación que hace palpitante al unísono los miles de corazones de los hombres honrados en batalla, que les hace ir adelante, con la vista clara, desafiando la muerte, ansiándola por el terruño y peleando moribundos. Ustedes tienen muchas cosas en qué ocuparse, muchos intereses que guardar, muchas diversiones con que entretenerse. Entre nosotros no sucede eso, no tenemos eso. En el corazón del japonés no hay más que el amor á sus padres, á su mujer y á sus hijos, y sobre estos amores, más fuerte aún, el amor á la Patria, el gran misterioso y solemne amor de la Patria, que nos cobija, que nos da el ser, donde vemos la luz: ¡la madre Patria... Y perdonen ustedes si me he expresado tan pobremente y he repe-

tido tantas cosas; pero es una materia tan rara y tan difícil de hacerla comprender á los europeos...

—Pero usted no creará, príncipe, que todos somos iguales; usted recordará á nuestra guerra con los boers en el Africa del Sur—interrumpió el duque—, y verá usted cómo hubo muchos ingleses que acudieron á defender la bandera cuando la Patria necesitó de ellos.

—Sí, sí, ya me acuerdo—replicó el príncipe—. Quisiera poder explicarme de otra manera, pues veo no me comprenden bien. Dice usted que fueron á pelear por su Patria, pero, ¿cómo fueron? Sin saber manejar un fusil, sin disciplina, sin instrucción, atravesaron el mar para servir de blanco á labriegos del Sur de Africa, y de molestia á los soldados veteranos. Acudieron, sí, y, ¿por qué? Por estar excitados, por bravuconería, por necesidad, la mayor parte, por patriotismo; pero no por patriotismo. El patriotismo que sólo se ve en los momentos de desastre, no es tal patriotismo. Tiene que crecer y desarrollarse desde niño, como crecen y se desarrollan sus músculos, y su sangre tiene que ser su conciencia, su religión, y en cuanto comprenda que tiene una Patria que defender, debe saber cuál es su puesto, cuál su trabajo, cuál su misión, y cumplirla por encima de todo. Y nosotros somos así.

Cuando el príncipe terminó de hablar, hubo unos momentos de silencio. El presidente del Consejo miraba á todos, uno por uno.

La primera que habló fué Penélope.

—¿De modo que eso es lo que se calló en el discurso?

El príncipe hizo un gesto de duda, y replicó:

—Quizás no haya sido muy galante y se me tache de rudo por lo que he dicho; pero creo que todo ello no es nuevo para ustedes. Muchos de sus compatriotas lo están diciendo por medio de la Prensa lo que yo acabo de decirles ahora; pero sucede que como nadie es profeta en su tierra, y las cosas se creen más de un desconocido que de uno de la familia, por eso he hablado así. Yo, un extranjero, que e venido aquí á ver y á estudiar, no tengo interés en engañarles, y por eso les digo la verdad.

Los tres hombres no contestaron una sola palabra, y en vista del silencio, el príncipe ofreció el brazo á Miss Morse, y le dijo:

—No quiero desperdiciar su ofrecimiento, y puesto que se ha ofrecido á enseñarme el invernadero de las palmas, vamos allí. Ya he hablado demasiado.

CAPITULO XXVIII

El príncipe vencedor.

Después de haberse desayunado, como de costumbre, daba su paseo matinal el príncipe Maiyo por los jardines del castillo de Devenham, contemplando los lechos de crocus y jacintos. El rosa, el azul, el blanco y el amarillo salpicaban el verde césped. El viento suave soplaba del Este. El sol brillaba con esplendor.

El príncipe se sentó en un banco de piedra, contemplando las flores, en primer término, el bosque de pinos después, y, allá abajo, el azul del mar.

Pensaba en su Patria, en su cercano viaje. ¿Lo lograría? ¿Conseguiría algún día ver su adorado Japón? Pensaba en la travesía, en los diferentes puertos de escala que había de hacer, acercándole más y más á su tierra. Se veía navegando, soñaba ver en el horizonte la tenue línea azul de la tierra ansiada, sentía casi las brisas perfumadas del Oriente, alargaba los brazos para abrazar aquel país querido.

¡Soñaba!

—Y por fin, ¿qué?—se dijo—. Si no soy yo, otro será. Si esa felicidad no ha de ser para mí, algún otro japonés la sentirá. Yo he cumplido con mi deber.

El ruido suave producido por unas faldas de mujer, le hizo volver á la realidad.

Penélope, encantadora, vestida de amazona; era la primera vez que la veía en tal atavío; estaba delante de él.

Sostenía la cola recogida en el brazo izquierdo, y le miraba con curiosidad.

—Es muy temprano, príncipe—le dijo—para ponerse á soñar y meditar de esa manera. Vamos á desayunarnos. Todos están ya preparados en el comedor.

—¿Qué es eso?—preguntó Maiyo, levantándose y acompañando á Miss Morse—. ¿Un paseo á caballo?

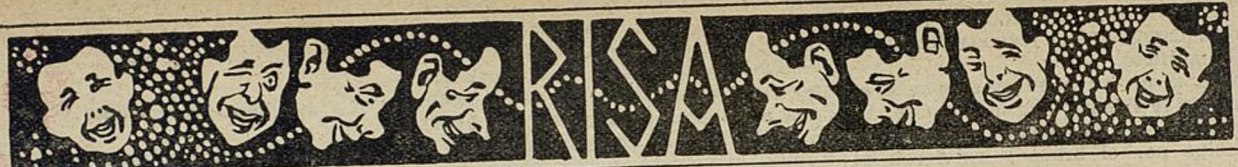
—¿No lo sabe usted? Todos vamos á caballo, es decir, todos los que quieran. Vamos á hacer un steeplechase, una carrera de obstáculos, á ver quién gana. Hay buenos caballos y buenos jinetes; se harán apuestas. La pobre Grace está afligidísima. Casi se le saltan las lágrimas. El capitán Chalmers iba á montar en su yegua y luchar por la copa; pero ayer, en la prueba, no sé lo que ocurrió, que ahora se niega á montar.

—Pero usted me habla de eso, Penélope, como si fuera una horrible desgracia. ¡Qué tono tan trágico!

—Ahí viene Grace; hable usted con ella del asunto; verá si para ella no es una desgracia.

Lady Grace, desde la puerta del comedor, les llamó.

—Príncipe—dijo—venga usted á consolarme; estoy desesperada. Hace varios días que estaba pensando en la carrera de hoy, y ya me veía poseedora de la copa triunfal. Tengo una yegua magnífica, que puede ganarla,



—Señorita, vengo á afinar el piano.
—Pero si yo no le he mandado venir.
—Ya lo sé; pero me han mandado los vecinos.

En una clase de matemáticas, el profesor, después de una hora de hacer números y letras, dice:

—De donde nos resulta que obtenemos X igual 0.

(Una voz.)—¿Y tanto trabajo para eso?

A LOS FOTOGRAFOS

Como siempre, seguimos pagando todas las fotografías y retratos de actualidad que nos envíen y publicamos.

Ahora, como siempre, este periódico no tiene preferencias por ningún asunto determinado. Basta que la fotografía sea interesante.



—Mira, Petra; arréglate para recibir á las visitas.

—¿La señora va á salir?

Entre amigos:
—¿En qué te pareces tú, que nunca acudes á las citas, al pavimento moderno?

—En que "as-faltado".

—Pues dígame á la señora que he sentido mucho no encontrarla en casa. No se le olvide. ¿Eh?

—No, señorito; ahora mismo se lo diré.

¿En qué se parece una corrida de toros á una partida de ajedrez?
En que juegan los peones.



PASATIEMPOS

COMBINA
por
Eduardo Quiroga.

Tea — Tito — Oca — Ana —
Cana — Coto — Tino — Tonto —
Cine — Con — Cena — Can —
Neo — Tina — Nota — Nieto —
Taco — Canto — Cinto — No —
Nana — Necio — Tinta — Toca —
Ce.

Buscar un nombre propio, del cual se pueda componer las precedentes palabras.

SOLUCIONES
á los
últimos pasatiempos.

Al enigma fácil:
LEON-NOEL

A las charadas:
COCOTEROS-ACEITUNAS

Al significado:
100-0-50-1.000-50-0
C O L M I L L O
Colmillo.

SEÑORES
que
han enviado soluciones.

Don José Cortés Villalba, de Madrid; D. Juan Guarro, de Barcelona; D. Isidro Rabinal Caramayor, de Zaragoza; D. Cándido Daval Suárez, de Sevilla; doña Isabel Pardo y D. Benito Pelegrín, de Madrid; D. Alvaro Bilbao, de Baracaldo; D. Vicente Loma Toneht, de Valencia.

D. Juan Guarro, de Barcelona.—Barcarola, del italiano *barcarola*. Canción popular, compás seis octavos ó dos cuartos, originaria de los gondoleros de Venecia.

HIPOFOSFITOS SALUD

cura con éxito seguro la anemia, clorosis, debilidad nativa y nerviosa. Es un remedio heroico contra los dolores producidos por las supresiones y retrasos. Favorece el desarrollo de los niños haciéndoles crecer robustos y aumenta notablemente el apetito. Para adquirir el legítimo y único aprobado por la Real Academia de Medicina, debe pedirse **HIPOFOSFITOS SALUD**, de los Sres. Climent y Compañía, Tortosa.—De venta en todas las farmacias.

Ayuntamiento de Madrid